

The background is a textured, painterly composition. It features a central, bright yellow and white light source at the top, which fades into a deep blue and green color palette towards the bottom. In the lower center, there is a dark silhouette of a person standing with their back to the viewer, looking towards the light. The overall effect is one of contemplation and spiritual journey.

De algo a alguien

Conciencia, vínculo y la
naturaleza del ser

Luis Mariani

Derechos de autor

© Luis Mariani

Todos los derechos reservados.

Primera edición digital: julio de 2025

Buenos Aires, Argentina

Este mini e-book ha sido creado con la intención de ser compartido libremente. Se autoriza su lectura, descarga y distribución gratuita, siempre que se respete el contenido original y se reconozca la autoría.

Está prohibida su venta, modificación o uso con fines comerciales sin el consentimiento expreso del autor.

Este libro fue redactado con la asistencia de herramientas de inteligencia artificial, bajo la dirección y responsabilidad plena del autor. Todas las ideas, contenidos y reflexiones expresadas pertenecen al Dr. Luis Mariani y reflejan su experiencia profesional, espiritual y humana.

De algo a alguien: Conciencia, Vínculo y la Naturaleza del Ser

De Descartes a Jesús

“Pienso, luego existo”, afirmó René Descartes, inaugurando con esa sentencia la modernidad sobre el pilar del sujeto autoconsciente. El pensamiento se convirtió en garantía de existencia, y la razón, en la esencia del ser. Pero, ¿es realmente el pensamiento lo que nos constituye como alguien? ¿Seguimos siendo cuando la mente calla, cuando el discurso se apaga, cuando nadie nos nombra?

¿Qué es lo que nos rescata de ser simplemente una cosa entre las cosas? ¿Qué nos eleva de la condición de *algo* —objetivable, descartable— a la dignidad irrepetible de *alguien*?

Entre ambas palabras —algo y alguien— hay apenas una letra de diferencia, la “n”. Pero en esa mínima variación lingüística se abre un abismo ontológico y existencial. En esa letra se insinúa todo un trayecto: desde la impersonalidad del objeto hasta el misterio sagrado del rostro. Es el camino que recorre el ser humano cuando deja de estar solo ante sí mismo y se descubre visto, llamado y amado por Otro.

La filosofía, la neurociencia y la espiritualidad han intentado descifrar ese tránsito. Pero hay una voz que lo condensa con una fuerza única: la de Jesús de Nazaret, cuando dice con majestuosa sencillez: “**Yo Soy**”.

No “yo pienso”, ni siquiera “yo existo”, sino “**Yo Soy**”: no como afirmación egoica, sino como revelación de un ser que se ofrece, se da, se encarna. El “Yo Soy” de Jesús no se encierra en definiciones; se despliega en gestos, en encuentros, en vínculos:

“Yo Soy la luz del mundo.”

“Yo Soy el pan de vida.”

“Yo Soy el buen pastor.”

“Yo Soy la vid verdadera.”

“Yo Soy la resurrección y la vida.”

“Yo Soy el camino, la verdad y la vida.”

“Antes de que Abraham existiera, Yo Soy.” (Jn 8,58)

Desde ese punto de partida, esta reflexión se propone recorrer —como quien sigue huellas sobre la arena— el pasaje profundo que va de *algo a alguien*: no solo en términos filosóficos, sino existenciales y espirituales. Porque en ese pasaje se juega nada menos que el sentido de ser.

Índice

- I. La etimología de un abismo: *Aliquid* vs. *Aliquem*..... 5
- II. El sujeto cartesiano: La soledad del “yo pienso” 6
- III. Las fronteras del cogito: Existir sin pensar..... 7
- IV. De la conciencia aislada a la conciencia encarnada..... 9
- V. Las fronteras del ser: Animales, IA y el reconocimiento..... 10
- VI. El Otro como origen: “Yo” existo porque “Tú” me miras..... 12
- VII. Conclusión: El eco divino del “Yo Soy” 14
- Sobre el autor..... 18

I. La Etimología de un Abismo: *Aliquid* vs. *Aliquem*

El lenguaje, en su sabiduría decantada, ya traza la distinción. *Algo* procede del latín *aliquid*, pronombre neutro que designa "alguna cosa". Refiere a lo impersonal, lo objetivable, aquello que puede ser medido, usado o descartado.

En cambio, *alguien* deriva de *aliquem*, acusativo de *aliquis*, una forma reservada para las personas. El idioma nos sitúa en el dominio de los sujetos: seres que no solo existen, sino que son de una manera singular, irrepetible y misteriosa.

La diferencia no es meramente semántica; es ontológica. Un algo es un objeto; un alguien, un abismo que se revela.

II. El Sujeto Cartesiano: La Soledad del "Yo Pienso"

René Descartes, buscando un fundamento inquebrantable para el conocimiento, lo encontró en la introspección: *Cogito, ergo sum* (pienso, luego existo). La única certeza irrefutable es que, mientras dudo, pienso; y si pienso, existo. Así nació el sujeto moderno: una *res cogitans*, una "cosa pensante" cuya esencia es la autoconciencia racional.

El ser humano se definió como un intelecto soberano, un yo separado del cuerpo (*res extensa*) y del mundo. Esta brillante formulación, que cimentó la ciencia y el individualismo moderno, también nos dejó una herencia ambigua: una profunda soledad ontológica. Al concebir al ser humano como una "cosa pensante" separada del cuerpo y del mundo, ¿no caemos en la imagen de una mente aislada, flotando en una máquina biológica? Esta metáfora, que el filósofo Gilbert Ryle criticó como el "fantasma en la máquina", plantea una inquietud persistente: ¿somos realmente una conciencia atrapada dentro de un cuerpo, como un piloto dentro de su nave? ¿Es el pensamiento la condición esencial para ser alguien?

III. Las Fronteras del Cogito: Existir sin Pensar

La propia experiencia humana desborda la definición cartesiana. Consideremos estados en los que el pensamiento cesa, pero la existencia no solo persiste, sino que se intensifica:

- **Sueño profundo sin ensueños (fase No-REM):** La narrativa del yo se disuelve, no hay actividad mental consciente, pero el ser no se aniquila. La identidad biográfica y personal sobrevive al apagón mental.
- **Anestesia general:** La experiencia consciente desaparece, pero la persona sigue estando ahí, viva, significativa para los demás. El hilo de la identidad permanece.
- **Estados místicos y contemplativos:** Desde el *samadhi* hindú hasta el éxtasis de los místicos cristianos o la práctica de *mindfulness*, el objetivo es trascender el flujo mental. En ese silencio, no se experimenta la nada, sino una conciencia pura, una sensación de Ser en plenitud.

Estos ejemplos sugieren que el pensamiento es una actividad del ser, pero no su fundamento. Como señalan la fenomenología y las tradiciones sapienciales, no somos nuestros pensamientos, sino el espacio de conciencia donde estos aparecen y desaparecen.

IV. De la Conciencia Aislada a la Conciencia Encarnada

Si no es el pensamiento, ¿es la conciencia lo que nos define?

La filosofía del siglo XX nos ayuda a superar el dualismo de Descartes. Maurice Merleau-Ponty propuso que no somos primero una “mente que piensa”, sino un cuerpo vivo, inmerso en el mundo. No observamos la realidad desde afuera, como si fuésemos espectadores; la vivimos desde dentro, con un cuerpo que siente, se mueve, y se orienta en el espacio.

La neurociencia contemporánea valida esta intuición. Científicos como António Damásio han demostrado que la razón y la toma de decisiones están ligadas a las emociones y a las señales corporales. Un cerebro sin cuerpo no podría generar una conciencia como la nuestra. Somos, pues, una conciencia encarnada.

V. Las Fronteras del Ser: Animales, IA y el Reconocimiento

Esta visión nos obliga a repensar los límites:

- **Los animales:** Si ser "alguien" implica una conciencia encarnada y sintiente, muchos animales superiores califican. La etología cognitiva demuestra su capacidad para la emoción, la memoria y la empatía. Ya no son autómatas biológicos, sino sujetos con vida interior. El derecho avanza, aunque lentamente, en este reconocimiento.
- **Las inteligencias artificiales (IAs):** Aunque hoy las IAs pueden imitar el lenguaje humano con gran habilidad, no tienen cuerpo, emociones ni conciencia propia. No sienten dolor, no desean, no sufren. Un famoso experimento mental del filósofo John Searle, conocido como "la habitación china", lo ilustra bien: una IA puede manipular palabras y frases en chino sin entender realmente lo que significan, como si siguiera instrucciones sin comprender. Por eso, aunque nos hablen con fluidez, siguen **siendo una forma muy compleja de "algo", no un "alguien"**.

Sin embargo, tratamos a nuestras mascotas como personas (hasta llegamos a llamarlos “hijos”) y, cada vez más, a los asistentes virtuales como si fueran alguien. Les damos nombre, les hablamos, proyectamos interioridad. Esto plantea una cuestión central: Tal vez no se trate de elegir entre ser alguien por naturaleza o por reconocimiento. Ser alguien podría implicar ambos aspectos: una interioridad que solo se despliega del todo cuando es recibida, mirada y valorada por otro.

VI. El Otro como Origen: "Yo" existo porque "Tú" me miras

Una mirada desde la Psicología

La psicología del desarrollo lo muestra con claridad: un bebé no nace sabiendo quién es. Su sentido de identidad se va formando poco a poco, en el contacto con quienes lo rodean. Es la mirada de la madre, su voz, sus caricias — eso que el psicoanalista Donald Winnicott llamó *holding*, o “sostén emocional” — lo que le permite al niño sentirse valioso, integrado, *alguien*.

La filosofía personalista toma esta idea y la lleva más allá. Para Martin Buber, no nos descubrimos a nosotros mismos en el aislamiento, sino en el encuentro. No somos plenamente un “yo” hasta que nos enfrentamos a un “tú” que nos reconoce. No se trata de relacionarnos con las cosas (lo que él llama la relación “Yo-Ello”), sino con personas, en un vínculo real, de sujeto a sujeto (“Yo-Tú”).

El filósofo Emmanuel Levinas da un paso más profundo. Para él, no nos constituimos como sujetos al mirarnos a nosotros mismos, sino al ver el rostro del otro. Ese rostro vulnerable — que me mira, que me necesita, que me habla sin palabras— me obliga. Me dice, sin decirlo:

“no me dañes”. En esa responsabilidad que nace ante el otro, empiezo verdaderamente a ser.

Por eso, *ser alguien*, desde la psicología, no se reduce a tener pensamientos o conciencia. Es ser reconocido, sí, pero también ser portador de un misterio que me trasciende. Es ocupar un lugar en el mundo no como una cosa entre otras, sino como un ser cuya existencia tiene valor en sí misma, y que en el encuentro con el otro se despliega y se revela.

VII. Conclusión: El Eco Divino del “Yo Soy”

Una mirada desde la Teología

Desde la soledad del *Cogito* Cartesiano hasta la comunión del “Yo-Tú”, la conclusión es clara: no basta con pensar. La conciencia es más fundamental que el pensamiento, pero incluso ella necesita un cuerpo, una historia, una mirada. Solo en el vínculo, el ser encarnado florece como alguien.

Esta exploración ontológica encuentra su resonancia más profunda en la teología. En uno de los relatos más misteriosos del Antiguo Testamento, Moisés se encuentra con Dios en una zarza que arde sin consumirse.

Tembloroso, le pregunta su nombre: quiere saber con quién está hablando, quién lo envía, cómo puede nombrar a ese Ser que lo llama.

La respuesta divina no es una etiqueta ni una descripción. Es un estremecimiento Divino: **“Yo Soy el que Soy”** (*Ehyeh asher ehyeh*).

No es una definición. Es una revelación. Dios no se encierra en un concepto. Se manifiesta como el Ser mismo: el que es, el que llama, el que sostiene todo lo existente.

Ese *Yo Soy* vuelve a sonar, con una fuerza aún más íntima y desbordante, en labios de Jesús de Nazaret. Él no lo pronuncia una sola vez. Lo dice muchas veces, en distintos momentos, en distintos registros. No se trata de una identidad psicológica, sino de una manifestación del Ser encarnado:

“Yo Soy la luz del mundo.”

“Yo Soy el pan de vida.”

“Yo Soy el buen pastor.”

“Yo Soy la vid verdadera.”

“Yo Soy la resurrección y la vida.”

“Yo Soy el camino, la verdad y la vida.”

“Antes de que Abraham existiera, Yo Soy.” (Jn 8,58)

Jesús no solo dice *yo soy*: **es el “Yo Soy”** encarnado, el Ser que se hace alguien, rostro, cuerpo, palabra, carne vulnerable.

Tal vez, esa sea la historia profunda de este mundo: un largo camino que va del *algo* al *alguien*. Desde los primeros microorganismos que brotaron en el agua hasta el ser humano consciente que puede amar, sufrir, orar, perdonar. Y en ese largo camino, un día, **el Alguien por excelencia se hizo carne**. El Verbo se hizo cuerpo. El Ser se hizo rostro.

¿Cuándo dejamos de ser algo y nos volvemos alguien?

Tal vez, no cuando pensamos, ni siquiera cuando nos diferenciamos, sino cuando respondemos a una Voz que nos llama por nuestro nombre.

No nos “hacemos” alguien: *ya lo somos*, porque fuimos creados por el Padre. El Yo Soy por excelencia. Porque fuimos soñados, pronunciados, deseados desde el principio. **Porque somos hijos del Yo Soy, hechos a su imagen y semejanza.**

“Yo soy...” no es solo una frase humana. Es un eco. Es una herencia. Es la respuesta del alma que reconoce su origen en el “Yo Soy” eterno.

Yo soy... porque Tú me has llamado.
Yo soy... porque en Ti vivo, me muevo y soy.
Yo soy... porque soy tu hijo.

La letra “n”, la que nos da nombre, que separa *algo* de *alguien* no es una convención lingüística. Es la letra del amor, del reconocimiento, del misterio. Es la letra con la que, como dice el profeta Isaías, Dios escribe nuestro nombre en la palma de su mano.

En esa mirada —humana y divina— dejamos de ser un hecho del universo para convertirnos en un misterio acogido.

Dejamos de ser, al decir de Carl Sagan, tan solo “polvo de estrellas”, para convertirnos en alguien. Alguien creado. Alguien mirado.

Un yo soy y un tu eres. Hijos del Yo Soy, omnipotente y eterno.

Y eso, eso es ser alguien. Para siempre.

Sobre el autor

Luis Mariani es médico psiquiatra, con formación en psicofarmacología y neurociencia. Con 43 años de práctica profesional ha intentado integrar el saber clínico con una mirada profunda sobre la condición humana.

Autor de libros sobre salud mental, espiritualidad y tecnología, dirige el proyecto Eutimia, que promueve un enfoque integral del bienestar psíquico y existencial.

Además de su práctica clínica, escribe, crea contenido y desarrolla herramientas digitales orientadas al acompañamiento emocional y al cuidado de la salud mental.